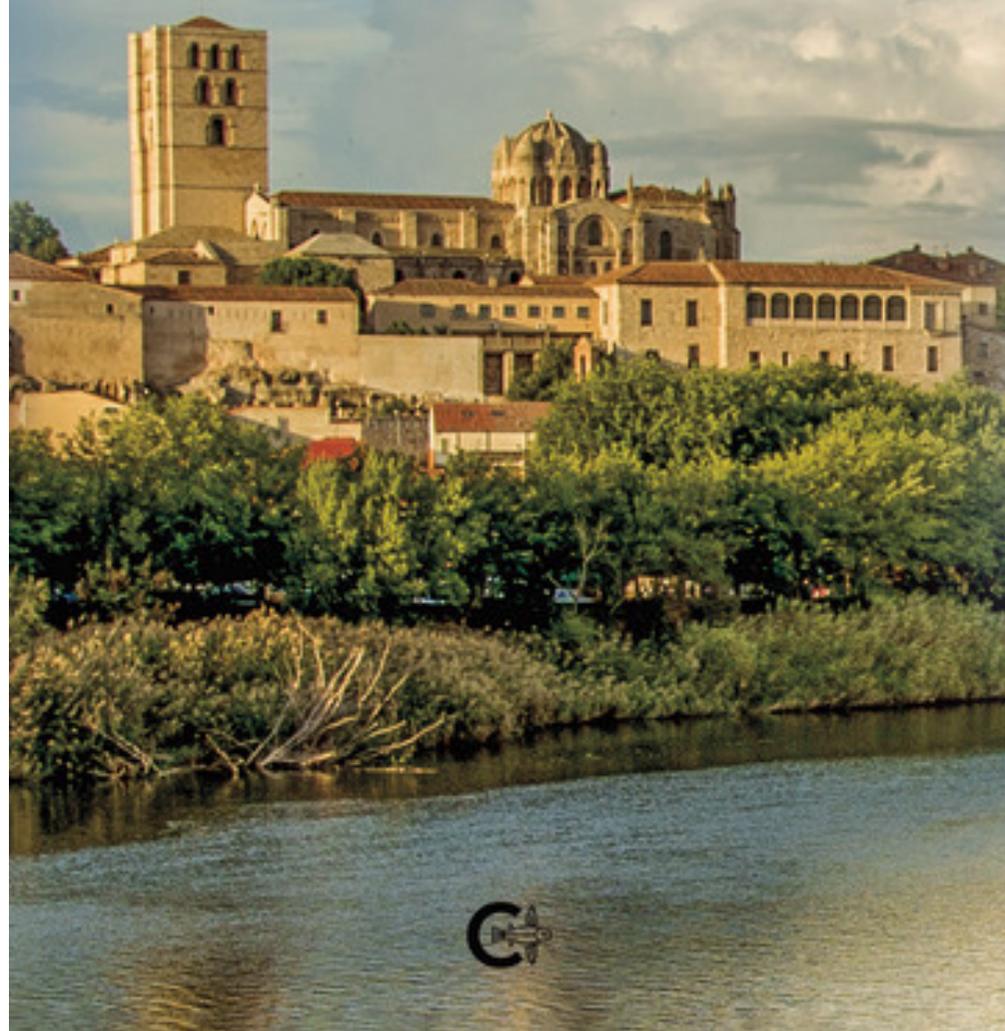


JOSÉ ANTONIO MARADONA HIDALGO

CASTILLA Y LEÓN: HISTORIA Y CIUDADES



Introducción

Castilla y León en la formación de España

Creo que soy un viajero aceptable. Quizá porque siento que viajo con buen ánimo, con la mente abierta y en buena disposición. Huyendo de la funesta costumbre de buscar inconvenientes o comparaciones. Yo sé que uno siempre compara; el entendimiento y la memoria están permanentemente al acecho para valorar todo lo que aparece ante nuestra vista, pero siempre nos queda aquello de ver con buenos ojos. Con esto basta.

Me gusta viajar por cualquier lugar, pero tengo preferencia por los más próximos a mi herencia cultural. Me encuentro muy a gusto en Europa, sobre todo en aquellos territorios que comprenden la llamada Europa occidental, pero también en aquellos países más allá de los mares que nuestro continente colonizó.

Siempre me ha sido muy placentero viajar por España; he disfrutado mucho en cualquiera de sus regiones y en todas he encontrado encanto. Me he movido con el sentimiento de que todas eran mi casa; una casa muy diversa, con muchas costumbres

y muchas decoraciones, porque España es un país muy variado que se comprende mejor cuando se procura incorporar a nuestra mente los sentimientos y las tradiciones de cada rincón visitado; a menudo, muy diferentes, pero siempre poseedores de ciertos rasgos que nos hacen sentir que pertenecen al mismo país. Creo que estas cualidades unificadoras las aporta Castilla en notable cuantía. Su extensa disposición en el centro peninsular le dota de una especie de propiedades que suavizan el salto entre regiones de naturalezas tan diversas como las que caracterizan a las tierras de los cuatro puntos cardinales de España.

Cuando la península ibérica llevaba unos tres siglos caminando por la Edad Media, en la tarea de buscar una identidad común, fue arrasada por la invasión musulmana. Por entonces, existía en Europa un espíritu de convivencia heredado de Grecia, Roma y del cristianismo que había contribuido a conformar los reinos medievales. Ese mismo espíritu existía bien arraigado en nuestra península y el asentamiento musulmán no acabó con él. Si no, no se explica ese empeño capaz de dar origen a los núcleos de resistencia en el norte peninsular, a partir de los cuales se formarían los reinos cristianos. Y eran núcleos bien separados, con nula comunicación entre ellos, pero todos actuaron con el mismo tenaz deseo de extenderse hacia el sur, hacia las tierras arrebatadas.

Esos núcleos vivieron largo tiempo aislados, el latín que hablaban tomó nuevas formas en su evolución, distintas unas de otras, aunque reconocieran la misma raíz. Se consolidaron distintas monarquías, diferentes costumbres y leyes, pero en el fondo existía un sentimiento de unidad que acabaría por fraguar. Tuvo que efectuarse un gran esfuerzo por parte de los reinos cristianos para alcanzar esa unificación. Cada núcleo de resistencia hubo de caminar por su cuenta en su expansión hasta completar su porción de Reconquista.

Para las gentes de aquellos siglos el mapa peninsular no era fácil de asimilar. La instrucción escaseaba, los viajes fuera de la comarca de nacimiento solían ser para guerrear o para repoblar las nuevas tierras conquistadas, la mente no abarcaba en su comprensión los grandes territorios y las diferentes costumbres. Para el labrador la referencia social era el señor de los terrenos que cultivaba; para el comerciante o el artesano, lo era la ciudad con sus nacientes instituciones. Y por encima estaban los reyes, a veces muy mediatizados por los nobles. Eran esas clases dirigentes las que tenían una visión de mayor alcance, las que tejían y destejían estrategias encaminadas a un mayor poder territorial. España es una conjunción de reinos medievales, y entre ellos está Castilla, que tiene un papel primordial en su unificación. De ahí estas consideraciones sobre la Edad Media peninsular que ayudan a comprender la actuación castellana. Y de ahí, asimismo, que este libro trate con mayor extensión ese periodo de la historia de Castilla y de León.

Castilla y León nacieron en la Edad Media y fueron reinos medievales durante su desarrollo y progresión a lo largo de seis siglos. En ellos se forjó su personalidad, se consolidaron sus ciudades, se elevaron sus más importantes monumentos y se fortaleció su vocación de conformar un gran reino peninsular, que llevó a efecto al extenderse y alcanzar los dos mares que bañan el sur y el sureste de la península. Esta guía trata de su núcleo fundador, de su núcleo duro, porque en realidad Castilla y León fueron la fuerza para el crecimiento y la unificación de muy grandes territorios.

Una vez alcanzada la unidad territorial de España, la historia de Castilla deja de tener una personalidad independiente, pero seguirá mostrando unas características específicas que la diferenciarán del resto de España. La crónica de estos periodos será más breve necesariamente, pero no dejará de referir los acontecimientos de esos territorios.

Sánchez Albornoz ha dicho que Castilla creó a España, y España destruyó a Castilla. En sus comienzos Castilla era la mayor potencia peninsular y también la de mayor poder económico. Durante siglos llevó el peso de España, gastó dinero y energías en las guerras de Europa, descubrió y colonizó América, viajó por todos los continentes. Al final del siglo XVII estaba agotada y arruinada, y de este modo continuó en las centurias siguientes. Pasó entonces Cataluña a ser la potencia económica del país; unas leyes proteccionistas le ayudaron a progresar y a crear un tejido productivo. También otras ciudades y regiones del litoral mejoraron económicamente. El País Vasco en el siglo XIX gozó del gran impulso de la industria siderúrgica. A finales del siglo XIX y en el XX, estas regiones periféricas muestran una actitud poco amistosa con Castilla, a la que se identifica con España y se acusa de centralismo.

El viajero que se adentra por los territorios castellanos y leoneses se da cuenta enseguida de la riqueza de su historia en hechos capitales para el antiguo reino y también para España, y penetra en un relato histórico importante y seductor, que se reaviva ante la contemplación de una inmensa riqueza monumental medieval y renacentista, muy difícil de igualar. Para mí, moverme por estas tierras es causa de un enorme placer, y cada año siento la necesidad de visitar muchas de sus ciudades.

Prehistoria

En la sierra de Atapuerca, provincia de Burgos, a unos quince kilómetros de la capital, se hallan unos yacimientos prehistóricos que se han revelado como el lugar de asentamiento humano más antiguo de Europa. Los trabajos iniciados en 1964 sobre unos restos arqueológicos ya conocidos desde el siglo XIX con ocasión de la construcción de una línea de ferrocarril han ido paulatinamente revelando hallazgos de sumo interés. En las cuevas y simas se han descubierto restos con una antigüedad inicial de un millón doscientos mil años que revelan que allí se ha mantenido vida humana y animal cuyas huellas se siguen hasta cinco mil años a. C. Los hallazgos han permitido reconstruir la evolución del ser humano desde tan prehistórico tiempo: vida, costumbres, hábitos, desarrollo psíquico y social, hasta los albores del periodo histórico.

Tanto la visita a este sitio arqueológico de Atapuerca como la del museo explicativo radicado en Burgos son obligadas y de un sumo interés para la comprensión de nuestra prehistoria.

Edad Antigua

La situación geográfica de la península ibérica, en el extremo suroeste de Europa, con la barrera de los Pirineos al norte y la escasa franja de agua que por el sur la separa de África, ha condicionado las sucesivas oleadas de pobladores. Vascos, con un origen no claramente establecido; iberos, llegados probablemente del norte de África; tartesios, de procedencia no conocida; celtas, venidos del continente europeo entre 900 y 600 años a. C. y distribuidos por el noroeste de la península, para acabar fusionándose con los iberos en la meseta superior hacia el siglo IV a. C.; y fenicios, griegos y cartagineses llegados desde el Mediterráneo.

Todas estas invasiones sucedieron durante un periodo de tiempo variable desde 5000 a 3000 años a. C. hasta el siglo III a. C. En general, puede decirse que algunos de estos visitantes vinieron fundamentalmente para negociar, interesados sobre todo en la riqueza minera de la península, y se establecieron a lo largo de la costa mediterránea, mientras que otros contribuyeron a su colonización y se fusionaron con pueblos ya existentes. Es el caso de los iberos y los celtas, que dieron lugar a los celtíberos.

Los territorios de la meseta norte que serían mucho tiempo después el solar de Castilla y de León tuvieron poco atractivo

para la mayoría de estos pueblos. Únicamente, los celtíberos mostraron una vocación pobladora para aquellas tierras.

Del arte ibérico, consistente en cerámica y escultura, no se han encontrado muestras en la meseta superior.

De cultura celta existen en la divisoria de las dos mesetas unas grandes figuras de granito poco definidas que a veces se califican de toros y otras de verracos, ‘cerdos sementales’. Las que mayor fama han alcanzado son los *Toros de Guisando*, en el término de El Tiemblo (Ávila). Se trata de cuatro esculturas de granito que representan a toros o a verracos. Datan de los siglos IV a III a. C. y se interpreta que pudieran ser consideradas como protectoras del ganado.

En Numancia se ha encontrado cerámica celtibérica con pintura policroma: motivos geométricos y también figuras. En las comarcas celtibéricas se han hallado diversas armas: espadas, puñales, y también fíbulas, hebillas, brazaletes y collares. El Museo Numantino de Soria guarda ejemplares de este arte.

Época romana

La invasión romana de la península Ibérica dio comienzo durante la segunda guerra púnica, con el desembarco en Ampurias de las legiones romanas en el año 218 a. C. para combatir a los cartagineses, misión que coronó victoriosamente Publio Cornelio Escipión. Más difícil fue someter a los pueblos nativos, a las tribus celtíberas, para cuya tarea hubo de enviar Roma a sus mejores generales.

En todo este largo proceso, Roma exhibió con frecuencia sentimientos de duro egoísmo y de ambición desmedida, pero a cambio trajo una sabia administración, leyes, un idioma culto y los refinamientos de la civilización helénica.

Son numerosos los ejemplos de valentía indomable mostrada por los pueblos indígenas del interior. Uno de ellos fue el protagonizado por Viriato, pastor lusitano cuyo origen se reclama para el territorio portugués de la Beira Alta actual o para el situado al otro lado de la frontera en tierras de Zamora. Tanto Viseu, en Portugal, como Zamora, en España, poseen una estatua de este gran soldado que luchó heroicamente y con éxito frente a los romanos hasta que acabó asesinado (139 a. C.) por la traición de sus generales. Al otro extremo de la meseta castellana, en Numancia, se vivió un caso extraordinario de resistencia frente a las

legiones romanas que necesitaron once años y la presencia de un gran general, Escipión Emiliano, para conquistarla, y en la que sus habitantes, lusitanos y arévacos, se inmolaron incendiándola (133 a. C.). También fue costosa la sumisión de astures y cántabros. Obstaculizada por la fiera resistencia de sus pobladores, requirió la llegada de Augusto, completándose en el año 19 a. C. y con ella la total conquista de la península.

Los romanos permanecieron en Hispania hasta el año 409, en que comenzaron las invasiones bárbaras. La romanización fue un largo proceso que transformó la península, tanto por la adopción de su sistema organizativo, sus leyes, su cultura y su lengua como por sus grandes empresas y obras extendidas por todo el territorio hispano: construcción de ciudades, calzadas, puentes, agricultura, explotación minera, etc., muchas de las cuales pueden aún verse hoy. La división en provincias de Diocleciano sitúa al futuro territorio castellano leonés repartido entre la Gallaecia y la Carthaginensises.

Se distribuyeron las ciudades por todo el suelo peninsular y, sucesivamente, fueron incorporándose al ordenamiento jurídico romano hasta que Caracalla en el 212 las dotó de plenos derechos de ciudadanía. Simultáneamente, se fue desarrollando un sentimiento de provincia con Roma como metrópoli. Llegó también la cristianización de la península, en un largo proceso desarrollado entre los siglos I y II. En la meseta norte, atravesada por algunas vías importantes, hubo algunas ciudades que tomaron una especial relevancia: Astorga, León, Briviesca, Salamanca, Segovia, Clunia y Cauca.

Arquitectura romana

Dos son los tipos de construcción empleadas: el arquitebado, con elementos verticales —columnas y pilastras— sobre las que se apoyan elementos horizontales —arquitribes o dinteles—; y la compuesta por arcos y bóvedas, empleada sobre todo en edificios grandes, en los que se precisa de muros gruesos para su sostén. La península ibérica tiene una gran riqueza de arquitectura romana, presente en templos, teatros, anfiteatros, circos, termas, arcos de triunfo, columnas, murallas, acueductos, puentes, casas y tumbas, con piedra y mármol como materiales principales, pero también con ladrillo y adobe. En general, se asentaba la piedra en seco y solo a veces se empleaba mortero de cal o se colocaban grapas de hierro para su unión. Las bóvedas eran de medio cañón, de arista —si había intersección de dos de medio cañón—, y de cúpula semiesférica o de cuarto de esfera, según fuera el espacio a recubrir. En las columnas distinguimos los tres órdenes arquitectónicos griegos: dórico, jónico y corintio, a los que los romanos añadieron el toscano y el compuesto.

Roma fortificaba sus ciudades con murallas y torres, de las que nos ha llegado poco, pero sí lo suficiente para constatar su importancia. En León, de las varias murallas que rodearon, primero,

el campamento militar romano y luego, la ciudad, ha resistido la más moderna, del siglo III, con torres semicirculares, de unos cinco metros de grosor, que han sido en lo posible restauradas, y de las que se pueden observar algunos segmentos. También en Muro de Ágreda (Augustóbriga) y en Medinaceli, ambas en Soria, se conservan restos de murallas.

De los acueductos para la traída de agua, uno de los mejor conservados de todo el Imperio es el de Segovia, conducía aguas de la sierra de la Fuenfría, a dieciséis kilómetros de la ciudad, que llegaban por una acequia a la torre del agua, desde donde parten las arquerías.

Quedan en el territorio castellanoleonés algunos anfiteatros bien preservados. En la provincia de Burgos, en Clunia (Coruña del Conde), donde existieron colonias arévacas antes de que llegaran los romanos, se fundó la Colonia Clunia Sulpicia por Galba, en el siglo I, que llegaría a ser centro jurídico y religioso. En ella se construyeron edificaciones públicas de las que destaca el teatro, situado en la ladera de un cerro, en forma de semicírculo, cuyas gradas se han ido recuperando. Han resistido, asimismo, restos de edificaciones domésticas.

De otras construcciones, como templos, termas y necrópolis no hay ruinas en la región castellanoleonesa, pero sí un monumento honorífico; un hermoso arco en Medinaceli (Soria), con una arcada grande, central, y dos pequeñas, a los lados, en su día destinadas al tránsito rodado y peatonal, respectivamente.

Y naturalmente quedan varias muestras de calzadas. Solían tener unos cinco metros de anchura y para su construcción se cavaba una zanja de unos dos pies de profundidad y sobre ella se extendían cuatro capas de afirmado; a cada lado se colocaba una hilera de sillares y se la dotaba de un pavimento de adoquines planos o de piedras. De trecho en trecho se plantaban columnas miliarias que señalaban la distancia y daban cuenta de la autori-

dad que había ordenado su construcción, y también guardacantones, útiles para auxiliar al montar sobre caballerías o para otros menesteres. Los ríos se salvaban con puentes de piedra de sillería, de gran solidez, sobre arcos de medio punto y raramente escarzanos. Muchos de estos puentes se conservan en uso. Recordemos el de Salamanca sobre el río Tormes.

Atravesaban Castilla y León importantes calzadas. Desde Zaragoza una vía se dirigía a Logroño, Tarazona, Numancia, Osma y Astorga. Desde Palencia salían calzadas hacia el norte, a Reinosa; hacia el sur, a Valladolid y Zamora; hacia el este por Clunia, Osma y Numancia; hacia el oeste, por Benavente a Astorga; de León partía una vía hacia Oviedo; de Astorga, hacia Lugo; de Ponferrada, a Braga; y de Mérida, a Astorga, pasando por Salamanca y Zamora, la conocida Vía de la Plata.

Existe, además, y es digna de visitarse, una villa romana muy bien restaurada: la de La Olmeda en Pedrosa de la Vega (Palencia).

Edad Media

MONARQUÍA VISIGODA

Después de morir el emperador Teodosio en el año 395, el Imperio romano se dividió en dos mitades; la de Oriente y la de Occidente. La mitad occidental venía ya siendo acosada por los pueblos bárbaros, que finalmente, en el año 476, consiguieron conquistarlo, quedando repartido entre los varios pueblos invasores.

A la península ibérica llegaron a principios del siglo V varias tribus germánicas. En todas ellas prevalecía un gran ánimo belicoso que las llevó a emprender razias con efectos devastadores sobre el país. Seguidamente, decidieron asentarse: los suevos, en Galicia; los vándalos, en la Bética y los alanos, en la Cartaginense y la Lusitania. Tan solo la Tarraconense quedó sin ocupar.

Pronto llegó una nueva invasión, la de los visigodos en el año 415, también pueblo bárbaro, aunque en esta ocasión aliado de Roma. Al posesionarse de la península ibérica expulsaron a vándalos y alanos, y solo en el noroeste —Galicia, Asturias, parte de León y norte de Portugal, con capital en Braga— permanecieron los suevos. De esta dominación bárbara debe excluirse una franja

a orillas del Cantábrico, entre Galicia y los Pirineos, que resistió a todas las invasiones y aún seguiría así hasta finales del siglo VI.

Al primer rey visigodo, Ataúlfo, todavía bajo Roma, siguieron otros varios, hasta que con Eurico (415-484) se logró la independencia de Roma en el año 476. Este rey estableció la corte en Toledo y a él se debe el código que lleva su nombre, fundamentado en las costumbres germánicas y destinado únicamente al pueblo visigodo; para la población hispanorromana regía el código de Aniano, basado en las antiguas leyes de Roma. Los visigodos que llegaron a la península eran arrianos; doctrina de comienzos del siglo IV, en la cual se mantenía que Jesucristo había sido creado por Dios, a quien estaba subordinado, negándose el misterio de la Trinidad.

En el año 552, Justiniano, emperador romano de Oriente, ayudó en la península ibérica al rey godo Atanagildo, y a cambio consiguió un territorio en el sureste y sur; desde la desembocadura del río Júcar a la del Guadalquivir, que se llamaría Spania y tendría su capital en Cartagena.

Otro poderoso rey visigodo y hábil general, Leovigildo (573-586), además de afianzar la monarquía, recuperó parte de los establecimientos bizantinos del sureste peninsular y conquistó el reino suevo, que había sido convertido al catolicismo por san Marín de Dumio. Con él llegó también la hora de someter a los astures y cántabros. Se dice que durante su reinado los godos y los hispanorromanos comenzaron a sentirse habitantes de un mismo reino.

Un hijo de Leovigildo, Hermenegildo (564-585), se convirtió al catolicismo y luchó contra su padre, pero fue derrotado. La conversión definitiva llegó con Recaredo (559-601), hermano de Hermenegildo, Recaredo había convocado el III Concilio de Toledo (589), en el que reunió a los obispos arrianos y católicos para exponer y discutir sus convicciones, y cuando concluyeron proclamó que la religión católica era la verdadera por la evidencia

proporcionada por las Sagradas Escrituras y los milagros. Desde esta fecha España se convirtió en un estado unificado, gobernado por monarcas electos con obediencia religiosa a Roma. A la vez los obispos ampliaron su autoridad para introducirse en los asuntos públicos y en la vida privada de los ciudadanos.

Después de Recaredo la dinastía visigoda se vuelve más estable; sin duda debido al mejor acomodo de los hispanorromanos cuya influencia sobre los visigodos iba en aumento. Simultáneamente, la autoridad real fue extendiéndose a toda la península, consolidándose totalmente con Suintila, que conquistará la colonia bizantina del sureste.

En los reinados de Chindasvinto (563-653) y Recesvinto (622-672) se elaboraron nuevas leyes, conocidas como Fuero Juzgo, que regirían por igual a visigodos y a hispanorromanos; sin duda, un paso efectivo para la unificación del país. Para este tiempo la distinción étnica entre visigodos e hispanorromanos había desaparecido. Los reyes visigodos disponían de un gran poder para legislar, y de ellos dependía la administración, el tesoro y el ejército. Los jueces disponían de un funcionario que los auxiliaba. Los hispanorromanos siguieron con el modelo de Roma para la administración y los impuestos.

En notable medida, la nobleza visigoda se sustentaba en sus tradiciones; una de ellas era la adopción de los nombres germánicos. Parece que su capacidad para perdurar fue grande, ya que a nosotros ha llegado la creencia de que la aristocracia española descende de la visigoda.

El último rey visigodo, don Rodrigo (688-711), desapareció después de la batalla de la Janda, en el año 711. Su derrota trajo la entrada de los musulmanes en la península y el fin del dominio visigodo.

ASENTAMIENTOS VISIGODOS

Dentro de la península, los visigodos ocuparon principalmente la meseta y Extremadura, como prueban los hallazgos arqueológicos presentes en Segovia, Burgos, Soria, Guadalajara, Madrid, Toledo, Ávila, Valladolid, Palencia y Cáceres. En otras regiones se han encontrado sobre todo huellas de establecimientos militares.

Se estima que la población visigoda era de unos 200 000, muy reducida frente a unos 8 000 000 de hispanorromanos, con los que convivían pero en una posición superior derivada de su consideración de casta militar y noble. Los visigodos se acomodaron a las formas de asentamiento ciudadano que encontraron en la península: ciudades, grandes y pequeñas aldeas y granjas, y explotaron la tierra que se les adjudicó: bien por sí mismos si la propiedad era pequeña, o bien mediante una explotación con obreros si era extensa. Siguieron las normas romanas en cuanto a labores del campo y cultivos como describe san Isidoro en *Etimologías*.

IGLESIA VISIGODA

Fue la cristiandad, como conjunto de países y sociedades que practicaban la religión de Cristo, la gran fuerza medieval que dio a Europa su identidad y unidad. Desde Inglaterra a Sicilia cualquiera podía ir a una iglesia y oír misa con un ceremonial y un idioma comunes. Esto mismo sucedía en la península ibérica, primero bajo la monarquía visigoda y después en los reinos cristianos. Tales hechos y comportamientos completamente reales forman parte muy importante de las bases firmes sobre las que se constituyó Europa.

Desde el comienzo de la dominación visigoda, la población peninsular hispanorromana mantuvo su fe católica con recono-